

Guayaba dulce

Elena Tamargo

Cuando el poeta judío alemán Paul Celan no sentía ya necesidad de justificar su origen ni su pertenencia a una cultura asesinada, al ser interrogado acerca de por qué aún seguía escribiendo en la lengua de los que habían matado a sus padres, respondió con una frase que devendría lapidaria: “porque el poeta en otra lengua miente”. Celan, como otros tantos, eligió el papel del testigo sobreviviente, del que alcanza el umbral de lo indecible, pero no deja de decir.

La perfección con que los escritores de *Guayaba Sweet. Literatura cubana en EEUU* (Laura Alonso Gallo y Fabio Murrieta eds., Editorial Aduana Vieja; Cádiz, 2003) transitan de una lengua a otra, en un trabajo semejante al de la incineración, funde las tradiciones y los lenguajes y libera las posibilidades confinadas del testimonio, porque tal vez toda escritura nace como una necesidad testimonial, interrogándose sobre la naturaleza de aquello que no puede dar fe de su existencia: esa otra no lengua, que se habla sola, de la cual nace, en una perpetua renovación, el lenguaje útil de la comunicación cotidiana.

Una presencia insistente, que parece impulsar la escritura de todos estos ensayos y que aparece por diversos caminos, es la que, casi por comodidad, podemos denominar de lo exiliar. Su secreto radica en que señala una continuidad más allá de los personajes y de los temas, como si alrededor del exilio, de cada propia interrogación, todas las preocupaciones intelectuales encontraran su verdadera significación. Una huella que visita sin permiso la memoria, un mandato impostergable que plantea sus exigencias más allá de las posibles simulaciones y de los posibles abandonos, una distancia que se proyecta desde su opaca lejanía y pinta con colores ideales una visión del mundo que se realiza y se da sentido en esa búsqueda.

En los ensayos que integran *Guayaba Sweet* persiste la conciencia de lo que no es conciencia, algo parecido a la aporía de Sartre en el sentido de que la conciencia, para ser conciencia, tiene que reflejar algo que no lo es. De ahí que los discursos se estructuran sobre la base de lo otro, y se tejen con un hilo invisible que se resuelve en parábolas.

Las preocupaciones de estos pensadores cubanos, donde quiera que hayan crecido o escriban, entre ellas las filosóficas y las lingüísticas, deben enfrentarse con los síntomas de una profunda ruptura, que debe buscar la continuidad en un repensarse a sí mismos, comprender que las ideas tienen una historia y que su despliegue en el tiempo exige una indagación que se dirija a la comprensión de sus originalidades y las mutilaciones que las diversas interpretaciones generaron en la historia personal de cada uno.

¿Por qué no somos nada sin aquella tierra?, la cubanía como opción, otros modos de nombrar la patria, el drama de la bilingüidad, la experiencia humana y el exilio primordial, no sólo exilio sino una poesía exiliada, la isla que no existe vs. la isla sin fin, la doble pertenencia, la acumulación ilimitada de los préstamos culturales, el exilio de la palabra o la palabra exiliada, son las invocaciones y los reclamos de este libro, cuyo

sabor no resulta tan dulce como el de las guayabas de la Isla, aunque mantiene el olor de aquellas con que nuestros aborígenes taínos hacían ofrendas a sus dioses y sus muertos.

Con formulaciones polémicas, rápidas, visionarias, utilitaristas, los textos se introducen con gran ductilidad en la problemática cubana y la escudriñan con instrumentales filosóficos, lingüísticos e históricos, cuya actualización coloca a sus autores en los niveles más elevados del pensamiento contemporáneo. El conjunto, amplio en autores, diverso en temas y riguroso en calidad, confirma la buena salud del pensamiento cubano y otorga credenciales definitivas a una zona un tanto débil de la cultura cubana, que tuvo siempre ensayistas lúcidos y pensadores profundos, pero nunca, como ahora, una expresión conjunta, a la que se puede llamar, sin titubeos, una ensayística cubana.

Por efecto de una extraña dialéctica, en *Guayaba Sweet*, se disfruta la alegría de un hallazgo creativo que se erige como una de sus principales virtudes, y es que la Isla es vista desde afuera, con una visión amplia, sin las limitaciones de la cercanía ni los compromisos políticos e ideológicos que tanto han estorbado y limitado el despliegue libre del pensamiento dentro de la Isla.

Sin embargo, en su lectura nadie podrá dejar de sentir, al lado de sus autores, la angustia y el dolor del exilio. El hombre de esta escritura es, al decir de Tzvetan Todorov, el hombre desplazado, el que se rinde ante la evidencia de no llegar a ser jamás, plenamente, ni cubano ni norteamericano. No se vive la tragedia de perder la cultura de origen a condición de adquirir otra. La lengua madre, como todo lo materno, es insustituible.

Nuestro pueblo, con la madurez que le otorga una historia azarosa y un tanto injusta, parece estar construyendo su patria verdadera en otros lugares, para que un día regrese como la lluvia vivificante. El inagotable caudal de este libro nos produce el dolor de la catarsis pero también en él resuena el son de la esperanza y el sentimiento de regocijo que se experimenta al percibir que cantamos en un coro, cuya diversidad nos identifica. Una identidad que se escabulle hacia un ámbito donde las voces reclaman sus derechos e impiden el conformismo que emerge de un tiempo que intenta sepultar aquello que no remita a sí mismo. La amenaza es el olvido, hacer del origen un peso muerto, una visita melancólica.

La realidad es algo que obsesiona al pensador y lo mueve a la escritura. Pero el escritor exiliado entiende la realidad no sólo como lo que es, sino como lo que no es y como lo que pudo ser y no fue. Para él, el tema de la memoria se funda en las obsesiones, en el diálogo con lo ausente. Incorpora su pérdida, la reitera para agotarla definitivamente. Su presencia se funda en la ausencia, y no se escribe porque se está en un sitio, sino porque ya no existe un sitio posible. La escritura, entonces, vive en ese desplazamiento, que testimonia una falta.

El trasterramiento impide y complica la percepción cotidiana, mediatiza el contacto con la realidad, aleja de las fuentes, impide saber cómo llegará la obra. El exilio es memoria, pero es también tragedia lingüística y discursiva; ocasión de interrogantes vitales. El exilio es la huella. La escritura erige un espacio visible en el que puede representarse lo que ha desaparecido, pero qué garantía hay de que lo escrito coincida con lo que el lector descifra. ¿Acaso serán imprescindibles lectores del exilio? Entonces, surgen las dudas

sobre el poder de la palabra para preservar la realidad, porque se ha quebrado la referencialidad y la verosimilitud.

Isaac Luria, de Safed, Palestina, dice que el gran exiliado es el mismo Dios, porque él se retira de sí para dar espacio a su creación, y así, se exilia de su propia obra. De manera que entre la creación y la mística hay por lo menos una dimensión común, la del éxtasis, la del salirse de sí. Ese éxtasis, en realidad, sucede en la palabra, y esa experiencia se cumple en la escritura.

Tal vez por esta vía podríamos estar acercándonos a un concepto de identidad universal del exilio, porque la identidad no es una búsqueda solitaria, sino colectiva, ya que lo buscado es la relación con la otredad. Vivir conscientemente en el mundo actual significa reconocer que la conciencia humana se encuentra exiliada, alejada de su patria auténtica.

Exilio y obsesión, exilio y escritura; el infinito creador tiene al exilio en su raíz, como lo tiene lo humano creado. El exilio, pues, es coesencial a la naturaleza del universo como la aspiración del hombre a la restauración de la unidad. El acto creador es retracción, es una retirada, es también destierro. Pero cuando el hombre se inicia en el exilio comienza un abandono sin sustitución. Ese cuerpo expulsado no encontrará otra casa preparada, otro lugar configurado, sino la pérdida, el abismo, la sentencia, y debe enfrentar su nuevo destino, tal como lo expresa María Zambrano:

El exiliado es él mismo ya su paso, una especie de revelación que él mismo puede ignorar, e ignora casi siempre como todo ser humano que es conducido para ser visto cuando él lo que quiere es ver. Pues que el exiliado es objeto de mirada antes que de conocimiento. Al objeto de conocimiento se contraponen el objeto de visión, que es tanto como decir de escándalo.

Actualizar la evolución de un acontecimiento que ya tiene una historia, como es la presencia de escritores cubanos exiliados en los Estados Unidos y desplegar esa literatura en este mismo país, son objetivos cumplidos con esta obra. La literatura cubana, y el ensayo es también literatura, con enormes dificultades, vive combinando las diferentes patrias de la palabra; la añorada patria de los padres y los abuelos, una patria renaciendo cada día del sufrimiento, siempre en tensión consigo misma, la patria de la escritura, la que da cuenta de una identidad abierta y fragmentada, de una identidad a contrapelo de las formas cerradas y dogmáticas, más bien una dialéctica extraña (para estos tiempos contemporáneos) de antigüedad y novedad, de fidelidad y destino incierto.

La diáspora ha mezclado trabajosamente estas dimensiones. Los escritores cubanos a los que aludo han sido capaces de tejer una saga enhebrada con hilos de memoria, de la lectura crítica de su propia historia. El magnífico libro que Ediciones Aduana Vieja presenta hoy nos interna en el territorio de la moralidad, y asume los riesgos de un pensamiento que no elude el sufrimiento y que asimila, valientemente, la responsabilidad de salvar a nuestra cultura, que es decir a nuestras tristes almas.

La palabra cubana está hoy dividida en dos grandes fragmentos. Ésta de la que ahora hablamos es una palabra exiliada, escrita por hombres dispuestos a no mentir, pero existe otra, la de allá, que permanece insiliada, encarcelada, muda por el horror de no poder expresarse.